



Cecilia Macón, Mariela Solana  
y Nayla Luz Vacarezza, eds.  
*Affect, Gender and Sexuality in Latin America*  
(*Gender, Development and Social Change*)  
Suiza, Palgrave Macmillan, 2021, 332 pp.

Rosario Fernández Ossandón<sup>1</sup>  
Universidad de Chile  
larosariofernandez@gmail.com

En el libro *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*, editado por Cecilia Macón, Mariela Solana y Nayla Luz Vacarezza, los/as autores/as ensayan y piensan sobre género y sexualidades en América Latina mediante una apuesta particular: los afectos y las emociones. Sobre este foco destaco tres retos de los varios señalados en su introducción: 1) la necesidad de descomponer la distinción razón/pasión para pensar conjuntamente cognición/sentimientos/emociones, así como la relación íntima entre afectos y política para intentar entender su inconmensurabilidad; 2) el deseo de deconstruir las relaciones norte-sur y la circulación, traducción y apropiación de propuestas teóricas del norte global, develando que no es un puro gesto mimético o de simple aplicación a lo «local», sino un ejercicio translocal y multiespacial que interrumpe las lógicas de autenticidad o pureza en la producción de conocimientos e intentan un gesto singular: el de develar en travestismo y poner en tono con nuestras invenciones también impuras; y 3) la pertinencia de pensar, desde la mirada de los afectos, un contexto de avances feministas y neofascistas que disputan lo político, el orden de género y las claves de

<sup>1</sup> Profesora del Departamento de Filosofía y del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile e Investigadora Postdoctoral del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

las sexualidades, antagonismos que requieren de una mirada que sepa leer y olfatear los ritmos, atmósferas y estéticas de configuraciones temporales y materiales diversas para problematizar nuestros tiempos. Me detengo en tres elementos que maravillan del libro y que aluden a estos desafíos: 1) la inmanente relación entre temporalidades y materialidades; 2) las metodologías (o juegos) y estéticas; y 3) el nudo del poder.

## I. La inmanente relación entre temporalidades y materialidades

La distinción entre afectos y emociones, como un debate *ongoing*, pareciera no querer detenerse. Si bien hay acuerdos teóricos, la discusión no siempre avanza al ritmo de otros nudos, como la relación entre afectos y temporalidades, espacios y materialidades. Algunos capítulos de este volumen muestran la potencia del registro afectivo para pensar la imposibilidad de separar tiempo y materialidad. El texto de Cecilia Macón, por ejemplo, releva la noción de agencia afectiva a partir de la circulación de imágenes, virtuales y *offline*, de luchas de mujeres en la dictadura en Argentina y por el aborto con el #QueSeaLey. Los usos de imágenes del pasado alteran la noción de tiempo lineal al encarnar en el presente. La historia es traída al hoy mediante estos contrarchivos afectivos, puentes que conectan, a través de un diálogo intergeneracional, pasado y calle, para producir agencias afectivas con propuestas de cambio y acción aquí, ahora y para el futuro. El pasado deviene registro material vivo para un hoy encarnado que, a su vez, desmonta la figura de la víctima y el sufrimiento como única lectura sobre el terror. Entonces, la agencia afectiva quiebra la lógica de la temporalidad teológica y los usos de la memoria e ilustra la potencia de la materialidad como plataforma (virtual y de calle) para las luchas feministas actuales y orientadas al devenir.

En el capítulo de Mariela Solana sobre el texto *Rosa prepucio, crónicas de sodomía, amor y bigudí* de Alejandro Modarelli, publicado en 2011, el pasado aparece en código nostálgico, pero también contestando versiones anquilosadas sobre la opresión hacia las comunidades *queer*. El texto de Modarelli trastocaría la noción común de nostalgia al mostrar las formas de sentir, hoy, las dificultades de ser y existir de «locas» que envejecen en una sociedad exitista. Así, la nostalgia constituye una respuesta a la exclusión en el presente, un modo de estar aquí y ahora, una memoria que gestiona vínculos y complicidades sobre las trabas que enfrentan cuerpos *queer* jóvenes y no jóvenes, lo que implica, simultáneamente, experimentar resistencias, humores, deseos y rabias. De este modo, la nostalgia opera como una memoria anacrónica para pensar formas de existencia de hombres homosexuales, deslizándose una «deslealtad» con los intentos progresistas y triunfalistas de la retórica sobre la libertad sexual. Asimismo, Nicolás Cuello da pistas sobre agencias nacidas de protestas contrahegemónicas, lo que abordo más adelante.

Por otro lado, Daniela Lossigio analiza argumentos, citas, actos, cartas, conferencias, protestas, camiones, propaganda, leyes, encuentros de feministas y grupos religiosos, planteando la relación temporalidad-materialidad como comunicación

intertextual de tiempos diversos y que se usan hoy. Muestra así los cruces de discursos y prácticas antigénero, o del pánico, especialmente en el mundo cristiano, ante la legitimación del género a nivel internacional (ONY) y sus fugas, *links* y conexiones entre territorios como experiencia global. En su rica interpretación, donde el sufrimiento aparece como rejilla de inteligibilidad de la «ideología de género», es decir, cómo las mujeres sentimos las normas de género, la autora invita a pensar la materialidad como herramienta de lucha feminista generando otros registros temporales para ser y estar a partir de la diferencia sexual.

Estos y otros capítulos también mostrarán provocadoras formas de pensar temporalidades y materialidades, que cuestionan la distinción razón/emociones y ofrecen lecturas encarnadas de agencias y complicidades políticas.

## II. Las metodologías (o juegos) y estéticas

Las aproximaciones que aventuran autores y autoras hacen alucinar por su originalidad, atrevimiento y por torcer las formas de producción de conocimientos y saberes. Ingenian herramientas metodológicas que comprenden las estéticas afectivas; las etnografías sensoriales; interpretaciones de imágenes actuales y del pasado; de discursos e ideologías; de recuerdos; de textos literarios; y de producciones audiovisuales. En estas propuestas, quienes escriben invitan a pensar aquello que las ciencias sociales intentan aplanar a través del ordenamiento de lo social por medio de categorías de análisis: lo emergente, entrecruzado, la complejidad y su desbordamiento.

El texto de Nayla Luz Vacarezza, por ejemplo, muestra la potencia de los tropos visuales –el pañuelo verde en las luchas feministas en Argentina y Chile, pero también imágenes y prácticas artísticas–. Su atención a las estéticas, colores y materialidades son una entrada sutil e imaginativa para estudiar la creación de atmósferas, poéticas y agencias afectivas palpables en protestas feministas, intensas y participativas, dando luces para entender las revueltas y transformaciones sociales en la región.

Por su parte, Daniel Kveller analiza el filme *Body Electric*, de Marcelo Caetano, proponiendo que el filme en sí mismo constituye un artefacto afectivo que le permite explorar al autor cómo sus protagonistas sienten y sobreviven experiencias de inequidad y precariedad, confrontando las formas capitalistas de organización de las diversas temporalidades sexuales.

Otros capítulos ponen atención en sensaciones, atmósferas, flujos y modos, permitiendo repensar la noción de archivos, descentrando el lugar de la ley, de la memoria oficial y del resguardo patrimonial, abriendo otras lecturas sobre las temporalidades y la agencia. Por ejemplo, Macarena Urzúa, a través del análisis de diarios, literatura y otros estudios sobre el espiritismo del caso de las hermanas Morla, en los inicios del siglo xx en Chile, muestra cómo se tuerce el orden patriarcal de la época. Sugiere que las imágenes, textos y referencias a las prácticas de estas hermanas posibilitan conce-

bir un archivo espectral donde justamente lo fantasmal (del espiritismo y del lugar de las mujeres en la sociedad) sitúa sus agencias. También Cecilia Macón piensa los contrarchivos como productores de agencias, a través de los usos y formas de sentir el pasado y presente.

El texto de Nicolás Cuello analiza la emergencia de contramovimientos de culturas afectivas, de anarquistas, lesbianas, feministas, trabajadoras sexuales, punks, entre otros, en los años 80 y 90. Memorias borrosas, incompletas e incoherentes devienen en un archivo heterodoxo y efímero, y de allí su vigor como metodología que discute temporalidades y memorias hegemónicas al situar las intensidades del conflicto en su centro (distanciándose de lugares del consenso y acuerdos propios de las transiciones democráticas posdictaduras en la región). O, como en el caso del texto de Eduardo Mattio, sobre las narrativas disidentes de las afecciones homoeróticas en Carlos Correas, que atiende a los mapas afectivos y archivos de los *moods* como archivos «maricas». Estos, antes que representaciones estáticas de paisajes emocionales, ofrecen una sensación de orientación y permiten movilizar las gramáticas del éxito del triunfalismo gay y otras agencias y narrativas sexuales afectivas. En todas estas apuestas por repensar los archivos y torcer la clave progresista, lineal y teleológica de las temporalidades y de las memorias observo una potencia productiva para mirar la agencia y otros futuros posibles.

Las metodologías empleadas son puntos de fuga para trabajar –desde los registros afectivos– configuraciones subjetivas, culturales y políticas que no se deciden por un espacio-tiempo fijo o estático. Constituyen una de las más bellas contribuciones de los textos y del libro en su conjunto: una generosa exposición –o posicionamiento– con claves de lectura que densifican el carácter plural, intenso y sinuoso donde los afectos tejen discursos de allá/acá, prácticas de ayer/hoy, rebelándose contra las versiones causales y productivistas de la formación de las relaciones de género y de la sexualidad. Tomándose en serio el carácter performativo, corporal y material del género, rinden tributo a dichas dimensiones, traduciéndose en interpretaciones que desencajan los cierres hermenéuticos de las ciencias sociales y las humanidades. Así, los textos muestran movimientos, diálogos indirectos, flujos de materiales e intensidades donde los afectos generan superficies novedosas para entender nuestro contexto.

### III. El nudo del poder

No quiero dejar de referirme al poder, o al problema del poder, dentro de la teoría y filosofía feminista, y las aperturas que el giro afectivo le supone. A partir de la segunda ola feminista, indican Amy Allen y María de la Fuente, distintas posturas han tendido a poner atención en el poder-para o el poder-sobre, es decir, los procesos de empoderamiento-agenciamiento o de dominación-opresión. Esto, que muchas veces separa ambos lados de un fenómeno, termina por reducirlo a una lectura dicotómica, jerárquica y binaria. El registro afectivo en las teorías feministas materialistas, que justa-

mente tensionan la metafísica del sujeto y de la presencia, es central en estos capítulos. Consiguientemente, en estos se hace vibrar esta tendencia sobre el poder al punto de ebullición, multiplicando las posibles formas de estudiar el ejercicio (precario) del poder. La intención y atención en materialidades, temporalidad y afectos muestran modos de investigar y escribir sobre género y sexualidades como formas de agenciamiento o dominación, pero también alteran las dicotomías para pensarlas simultáneamente, de forma compleja, a la vez que esgrimen otras lecturas sobre el poder que burlan las miradas parceladas.

En algunos casos, el foco está puesto en el cómo las relaciones de poder de género se reproducen y se tensionan. El capítulo de Virginia Villamediana, por ejemplo, estudia el vínculo entre sujetos y Estado ecuatoriano a través de la formación de ciudadanía afectiva en encuentros en espacios públicos y gubernamentales. A través de etnografías sensoriales, muestra las atmósferas afectivas (traducidas en pulsiones, sensaciones en dichos encuentros) que producen, por un lado, sentimientos de pertenencia a una nación y, por otro, jerarquías entre ciudadanos, ciudadanas y miembros del Gobierno, asimetrías que adquieren un carácter discursivo, simbólico corporal y espacial, precario, donde la incomodidad ante el sexismo del Gobierno da cuenta de puntos de fuga. El capítulo de Oliva López y Edith Flores, por su parte, trabaja la producción de culturas emocionales con las canciones populares de Antonio Vanegas en México a fines del siglo XIX e inicios del XX. Estos registros metáforas, imágenes y representaciones sonoras sustentarían una educación sentimental, reproduciendo nociones sobre el amor que guían un orden de género y sexual acorde a la época y los proyectos nacionales, pero que son interpretadas por los sujetos, suponiendo la imposibilidad de su éxito literal. A partir del estudio sobre la educación emocional en Colombia, específicamente la intensificación de la relación profesoras-madres-hijos/as, también Zandra Pedraza muestra una entrada interesante para pensar la coproducción del género y los proyectos nacionales. Revistas, periódicos, manuales y textos pedagógicos y pediátricos mapean la inmanente relación entre regímenes emocionales y formas modernas sobre el individuo liberal, ciudadano y capitalista. En estos casos, lo afectivo da cuenta, a la par, de la gravedad y de la precariedad del ejercicio del poder en la reproducción del orden hegemónico de género.

El texto de Villamediana hace un atractivo contrapunto con el de Denilson Lopes, quien analiza el filme *Bailao*, de Marcelo Caetano. Si en el caso de los espacios de producción de lo común en la política ecuatoriana hay una atención a las atmósferas afectivas para producir sentimientos de pertenencia nacional, Lopes se detiene en los modos, deslizándose la mirada hacia la articulación de formas de vida a través de imágenes que reflejan modos de existir en vínculos y relaciones. Aquí, la pertenencia funciona, antes que como una estrategia de producción de lo nacional, como un ensayar sensaciones de con-vivencia, estar juntos. Estas creaciones resultan entonces formas inacabadas, de fronteras porosas, continuas que evaden la rigidez de proyectos hegemónicos. En este pensar los cuerpos como materialidades y temporalidades danzantes que evitan anquilosarse hay una importante contribución teórica sobre el poder.

Cynthia Francica, analizando la producción de la escritora argentina Samanta Schweblin, se centra en las figuras y metáforas de las relaciones entre humanos y no humanos para mostrar cómo se interrumpen jerarquías de género al descentrar el cuidado de infantes como centro de las maternidades contemporáneas. Lo no humano, lo monstruoso, e incluso las expulsiones corporales abren un camino para entender el aborto y la violencia, así como las formas de resistencia y transformación del código maternal. Schweblin –trabajando en contra de las narrativas temporales lineales y las distinciones humano/no-humano a través de imágenes fantásticas– torcería las jerarquías de género y el lazo madre-hijo/a: el bebé deviene feto, el feto deviene animal de exhibición, y las formas de nutrir reconfiguran las formas materiales y simbólicas del cuidado, generando nuevos ensamblajes biológicos afectivos que interrumpen el poder.

Estos y otros capítulos desafían las formas de estudiar el género, las sexualidades y el poder, encontrando en los afectos una entrada que interpela a las lógicas de producción de conocimientos, las distinciones razón/afectos y norte/sur, e invitan a pensar estéticas propias en el deseo de traducir nuestro contexto político disonante y complejo.

### Solo un último comentario

La escritura de este libro me llega como un gesto afectivo donde cuerpo, pensamiento, edición y precisión, exploración y el deseo de decir algo, es un acto de posicionamiento político ante el momento histórico (la convergencia entre movimientos fascistas y feministas), y a un tiempo donde la crisis no es ya símbolo de catástrofe sino de existencia en nuestras vulnerabilidades. Tal vez este libro es un archivo afectivo para recuperar la experiencia y las sensibilidades robadas por la modernidad.